

Celebración de la diferencia y elogio del desarraigo: identidades, migraciones, salud mental y derechos humanos

Primera parte¹

José Leal Rubio

«Corre, ponte a salvo, no mires hacia atrás ni te detengas para nada. Vete si quieres salvar tu vida»
Génesis, cap. 19.

«Si por mí dependiera, yo no habría venido/ si de mí dependiera, yo no me marcharía».
Omar Jayyam en *El dolor de la vida*.

«Las fronteras reales de hoy no separan a las naciones sino al poderoso del desvalido, al libre del esclavizado, al privilegiado del humillado»
Kofi Anann, ex secretario general de Naciones Unidas, en el discurso de recogida del Premio Nobel, 2001.

Resumen

Este artículo es la primera parte de una extensa y rigurosa reflexión acerca de la identidad, la diferencia, la migración y sus efectos en la salud mental de las personas y comunidades. Si bien la identidad es un tema troncal en la teoría psicoanalítica, el planteamiento recorre este concepto transversalmente e incluye conceptualizaciones de la sociología, la historia, la literatura y la poética. Esto permite otra mirada donde las identidades, en plural, marcan el camino a recorrer. Entender los avatares del crecimiento humano y de los sufrimientos que, con frecuencia, conlleva, es, desde el principio y en última instancia, el motivo de este escrito. La segunda parte se publicará consecutivamente en el próximo número.

Palabras clave: *identidad; identidades; cambios; migraciones; sufrimiento psíquico; derechos humanos*

Abstract

This article is the first part of an extensive and rigorous reflection regarding identity, diversity, migration and its effects on the mental health of people and their communities. Even though identity is a core theme of psychoanalytical theory, the approach here covers this concept across-the-board while also including conceptualizations of sociology, history, literature and poetry. This allows for a complementary point of view where the identities mark where we start our journey. Understanding the phases of human growth and the suffering that it frequently implies, is, from beginning to end, the purpose of this piece. The second part will be published consecutively in the next issue of Intercanvis.

Keywords: *identity; identities; changes; migrations; psychic suffering; human rights*

[1] Primera parte del artículo. La segunda parte aparecerá en el siguiente número de *Intercambios*.

Cuando ya casi había decidido comenzar este trabajo haciendo referencia a la expulsión del Paraíso y a Babel como origen mítico de las migraciones, exilios y diversidades —aunque también de la arbitrariedad, el ensañamiento y el autoritarismo— me llegan varias informaciones cercanas y rabiosamente actuales que me llevan a un replanteo de dicha decisión. Al poco, me doy cuenta de que los sucesos de los que tenemos información cada día me llevarían a una modificación sistemática del inicio de este trabajo muy vinculado a las cuestiones tan conmovedoras que cada día suceden. Un día tras otro nos depara razones para la inquietud, el desasosiego y la rabia a la vez que para la esperanza, la confianza en la fuerza de la vida y la celebración de la diversidad y del encuentro.

Uno de estos hechos a los que me refiero tuvo lugar amaneciendo el día 6 de septiembre. Oigo en la radio que alrededor de 120 personas han saltado con éxito, tras un esfuerzo titánico —casi hercúleo habría que decir por la proximidad del lugar en el que la mitología sitúa El Jardín de las Hespérides donde Hércules hubo de afrontar una de sus doce pruebas— las tres mortíferas vallas y fosos que España y Marruecos en vergonzosa colaboración han construido en Melilla para evitar la entrada de quienes migran buscando libertad y futuro. Unos meses antes de esta gesta tuve ocasión de conocer en directo lo que ocurre en el Monte Gurugú, en las ciudades de Melilla y Nador, escuchar testimonios y grabar imágenes y palabras de mis informantes (Leal, 2016). Es sobrecogedor: «suben a las vallas que son tres, de 6 metros, los policías les pegan. Cuando logran llegar a la última muchos van sangrando, se han dejado las ropas y trozos de su carne en las concertinas y alguno se tira desde la valla para entrar en territorio español. Llegan con los tobillos y las rodillas rotos y están agotados. Muchas veces los devuelven en caliente a Marruecos pero también muchas personas que los ven les informan de la dirección del CITE (Centro de internamiento temporal de extranjeros) para que lleguen, no los devuelva la policía y les dan agua. Da mucha pena verlos así. Son buenas personas que no hacen daño a nadie.» En esta ocasión ha sido también así. Hoy, la periodista acaba su comentario diciendo: «Enhorabuena y bienvenidos». No sabemos cuánto tiempo pasará para que se produzca una nueva gesta y poderles dar una nueva bienvenida. Pero el *Diario*

Melilla del 5 de septiembre da cuenta de este hecho diciendo que «una avalancha de indocumentados que llevaban garfios en las manos y clavos en los pies», han saltado la valla. No parece que tal prensa haya encontrado términos más despectivos para designar a grupos de personas a quienes deberían llamar héroes que no se dejan abatir por el destino ni por las mortíferas concertinas que defienden a Europa de estos seres a quienes viven como invasores bárbaros (Coetzee, 2012) que van a poner en entredicho los ya más que frágiles valores que algunos momentos pudo exhibir esta Europa que se cierra asustada. Pero «no es necesario que esperemos ni temamos la llegada de los bárbaros, siempre han estado entre nosotros» (Enzensberger, 1981).

Me viene a la cabeza el críptico poema *Esperando a los bárbaros* (Kavafis, 2003) «Cuando los bárbaros lleguen darán la Ley./...anocheció y los bárbaros no llegaron./Y unos vinieron desde las fronteras/y dijeron que bárbaros ya no existen./Y ahora qué será de nosotros sin bárbaros./Los hombres esos eran una cierta solución».

La segunda información tiene un mal principio y, por lo que vamos viendo, un peor final. Leo en varios periódicos que en las recientes elecciones en varias zonas de Alemania, la última en Berlín el domingo 18 de septiembre, Ángela Merkel y su partido han sido castigados por los electores por la inicial posición política, en exceso humanitaria, cuando se produjo la llamada «crisis de los refugiados sirios», tras el recrudecimiento de la guerra. Los electores alemanes descontentos han dado apoyo a un partido de extrema derecha y xenófobo que ha obtenido por primera vez un considerable número de diputados y pretenden aplicar un programa cargado de hostilidad contra la acogida de quienes buscan refugio. La respuesta de la Sra. Merkel al castigo de las urnas es una promesa de revisión de lo que hizo y, supongo, de lo que hará. No va a ser continuar con el apoyo y comprensión. Posturas aún más rígidas están mostrando los gobernantes del Reino Unido, Polonia, Hungría, etc., en esta Europa que está empeñada en prepararse para aumentar los obstáculos a la llegada de nuevas personas a sus territorios. Para ello *externalizan* la protección financiando con grandes cantidades a países de tan alta reputación en la defensa de la democracia y la libertad como es Turquía y otros.

Hay más. Me cuenta, otra vez, un joven, negro, venido como pudo de un país africano que hace

unos días, de nuevo, mientras descansaba en un área de servicio con el resto de viajeros de un autobús en Andalucía apareció, cual película americana, un grupo de policías con sus coches y fue invitado a enseñar lo que llevaba encima. Suponían, mal, que llevaba hachís. Como iba con su compañera española logró ser algo mejor tratado. Cuando le pregunto qué sintió me dice, «ya estoy acostumbrado, no es la primera vez, yo estaba tranquilo, no había hecho nada. A mi hermano le pidieron el pasaporte en Suiza yendo en un tren y se negó a dárselo si no se lo pedían a todos los demás; él es más valiente que yo para estas cosas».

Estas violencias ocurren cada día y su continuidad y exhibición como noticia nos coloca en el riesgo de anestesiarnos ante tanta reiteración. Por eso creo en la militancia cívica que consiste en escuchar cada historia, cada injusticia, cada golpe como nuevo, sentir cada padecimiento de cada persona como único en este Mare Nostrum al que tras tanta muerte le está cambiando el nombre y sentir vergüenza, si es que sigue siendo un sentimiento revolucionario como señaló Marx. Estas historias innumerables, donde lo humano está tan maltratado, exigen que al hablar de identidad, de migración, de exilios y de salud mental se requiera necesariamente una perspectiva de derechos humanos y una escucha atenta de todo lo que en cada día está pasando porque tras cada historia hay un alto trauma humano pero también un altísimo ejemplo de solidaridades, de lucha por la vida, por la dignidad y por el permanente esfuerzo humano para sobreponerse al fatalismo y al destino que pretende atar a las personas al hecho azaroso de haber nacido en un determinado lugar o momento y que desgraciadamente aún es para muchos un dato identitario básico (Leal, 2012).

Desde que en febrero de 2008 el Centro iPsi, de Barcelona, organizó unas muy interesantes jornadas con el título «Identitat, immigració i exili: Salut Mental i Drets Humans» a las que fui invitado y en las que presenté parte del material que retomo en este trabajo, desde entonces, digo, se han producido un sinnúmero de hechos que han empeorado claramente la situación que describíamos entonces. Estallaron las mal llamadas revoluciones en países de Oriente Próximo y Medio que han acabado muy fallidamente y dejado los mismos o peores regímenes dictatoriales, un sinnúmero de personas

muertas y otras aún vagando por el mundo en busca de cobijo. No solo ha sucedido la eclosión de la guerra en Siria que está provocando tanto dolor y un éxodo masivo de personas buscando asilo y acogida por los diversos puntos frágiles de esta Europa que se enroca y los rechaza provocando como efecto un alto número de muertes y sufrimiento; se han recrudecido los conflictos en el Norte de África; se ha fortalecido el valor disuasorio y mortal de las vallas en Melilla y Ceuta; se han cerrado fronteras y puntos de paso entre países en Europa; se alzan nuevas vallas, fronteras, muros, alambradas; vagan por los distintos mares barcos, casi todos desvencijados y en ruinas, cargados de personas indefensas sin encontrar refugio; aparecen muertos en las distintas costas; han reaparecido o se han incrementado discursos xenófobos tanto en nuestra vieja y comprometida Europa como en América, con figuras tan extravagantes como Donald Trump que promete levantar un gran muro cuyo pago lo cargará a las espaldas del pueblo mexicano; se muestran con obscenidad imágenes que hieren la intimidad del fotografiado y casi llevan a una banalización del horror que insensibiliza por repetitivo; se abren falsos debates en Francia y países colindantes respecto a la utilización de prendas con las que ciudadanas francesas de religión islámica concurren a las playas como si ello pusiese en peligro los logros de la tan recurrida Revolución Francesa, cuyos valores no son un obstáculo para el obsceno levantamiento de una valla en Calais para que los emigrantes no entren y donde se hacían niños y adolescentes sin tutela de adulto alguno, etc.

Parece que tantos hechos dan la razón, una vez más, al poeta Martí i Pol (1997) cuando dice:

No és gaire probable que el futur faci excepcions insòlites i atorgui als que el viuran l'honor de capgirar-ne les constants que a hores d'ara l'anuncien. Cal preparar-se, doncs, per viure un temps amb problemes, carències, injustícies més intensos pels menys afavorits, com ha passat d'ençà que el món és món i els humans que hi vivim ens n'hem fet amos.

Por todo ello es imposible abordar temas tan importantes, delicados y complejos como los que pretendo afrontar en este escrito sin hacer una primera y rotunda afirmación: la tan frecuente violación de los derechos humanos sobre tantas

personas en el mundo son un atentado a su dignidad y genera el mayor sufrimiento psíquico que pueda producirse. Todo aquello que daña lo humano, que ataca a los vínculos entre sujetos o comunidades es un ataque directo a la salud (mental) de cada uno de los sujetos y de la propia comunidad y tiene consecuencias sobre los procesos de subjetivación que es la construcción del ser (Leal, 2015).

Todo hecho humano ha de leerse desde una mirada que incluya lo intrapsíquico, lo intersubjetivo, lo intercultural y las producciones transculturales como indivisible. Pero dicha mirada ha de contemplar necesariamente elementos tan vulnerados como son los derechos de las personas recogidos en diversos acuerdos internacionales y muy frecuentemente incumplidos.

Tanto la *Declaración universal de los derechos humanos* (1947) como *La Carta europea de los derechos* (2007) y el *Tratado Constitucional* (2009) expresan que «Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y en derechos. Que toda persona tiene derecho a la vida, a la libertad y a la seguridad de su persona» (art. 3 de la *Declaración universal de los derechos humanos*). Que la dignidad humana es inviolable y debe ser respetada y protegida. Que toda persona tiene derecho a su integridad física y mental. Y que nadie puede ser sometido a tortura, ni a penas o tratamientos inhumanos o degradantes.

El psicoanálisis actual (y también el trabajo de todos aquellos que se ocupan de la atención a la salud mental de las personas y las comunidades) solo puede ser dignamente ejercido si continúa el mandato de una teoría que es abierta, liberadora (Shutt, 1993) comprometida con el sujeto y la sociedad y con los principios éticos (Leal y Roig, 2008) que ponen al sujeto por delante de todas las cosas y que pretende contribuir al desarrollo de este y, unido a ello, de las condiciones sociales en las que se construye. Freud, además de la aportación de grandes textos para entender el desarrollo de la cultura expresó el interés por un psicoanálisis al que todos tuvieran acceso al señalar que «es también de prever que alguna vez (el analista) habrá de despertar la conciencia de la sociedad y advertir a esta que los pobres tienen tanto derecho al auxilio [...]» (Freud, 1918; Leal, 1995).

El inicio de la crisis que, al parecer, comenzó económica y ha devenido en una crisis de valores

aun en las sociedades que parecían tenerlos bien arraigados, ha llevado al recrudescimiento del discurso insensato, demagógico, violento y peligroso sobre el hecho migratorio y sus consecuencias en nuestro país y en Europa. Es peligroso porque la convivencia es el resultado de arduos y continuados esfuerzos hechos a través de la historia para hacer posible la vida en común pero es siempre frágil (Freud, 1929). Quienes alientan las dinámicas excluyentes, discriminadoras y estigmatizantes se meten y meten a la sociedad en una muy peligrosa dinámica de cuyos efectos tenemos ejemplos cercanos en los diversos países de Europa y fuera de esta.

Siempre me interesaron los temas vinculados a los movimientos humanos, sus causas y sus efectos sobre el sujeto y la colectividad. Quizás a ese interés no sea ajena mi propia experiencia de haber vivido con pasión y también con algunas incertidumbres desplazamientos consecuentes al hecho de haber nacido en un lugar algo mayor que una aldea y haber viajado desde siempre: a visitar a los abuelos de uno y otro lado que vivían en sitios distintos y para mí fascinantes; haber tenido que salir a la capital de la provincia, a tres horas de distancia entonces por carreteras serpenteantes, para estudiar bachillerato en un colegio; después a una gran ciudad a casi mil kilómetros para ir a la universidad y a mi curiosidad que siempre viví como un don y de tener familia repartida por una gran parte del ancho mundo. Pero también el interés por el estudio de las cuestiones sobre la identidad y los movimientos migratorios se debe a mi experiencia profesional con los niños, jóvenes y padres que acudían al servicio de psiquiatría y psicología donde trabajé muy pronto con cuyos relatos de dolor en el origen, de esperanza en la venida y en las historias que empezaban a gestar fui construyendo mi propia identidad profesional y mi saber, tan escaso entonces. Quizás también influyó que junto con mis experiencias migratorias y los aprendizajes que me ofrecían mis pacientes recibí otros, de mis maestros también con experiencias de exilio y migración, que me abrieron ricas perspectivas y por cuyo trato y generosidad siento una inmensa gratitud. Influyeron sobre mí, sobre muchos de nosotros y sin sus aportaciones es imposible entender el desarrollo del saber y su influencia en los diversos servicios de salud, educación, etc.

Lo más desgarrador de lo escuchado en aquel tiempo de trabajo clínico en la institución, en donde casi todas las personas que acudían eran venidas de algún lugar más o menos lejano, lo más desgarrador, digo, no eran sus experiencias internas de emigrante sino la experiencia que contaban de abuso, carencias e injusticias que desencadenaron el proceso que les trajo a su nuevo lugar. A veces, no tantas, contaban el dolor por las dificultades para ser aceptados.

De esas experiencias migratorias, relatos vitales dolorosos e ilusionados, tenemos una amplia literatura, narrativa, poesía, especializada psi, sociología, antropología, etc. En Catalunya hay escritos que recogen testimonios y han construido narrativas con personas que han vivido la experiencia migratoria (Botey, 1986; Leal Calvo, 2001; Mata, 2015) y que expresan la gran riqueza e intensidad de experiencias vitales y los sentimientos asociados a ellas tanto en sus lugares de procedencia como en el de llegada y también de las personas que viven con anterioridad en el lugar. Por ser un tema de ya tan largo tiempo y del que tenemos una amplia bibliografía, cada vez que lo afronto, hablando o escribiendo, me asaltan serias dudas sobre la posibilidad de aportar algo nuevo a una cuestión muy antigua pero, a la vez, tan nueva por la singularidad del momento histórico que vivimos y para cuya comprensión se requieren nuevas claves que no son fáciles.

Pero también he de decir que a esas dudas siempre vence la certeza de que hay que seguir diciendo con el mismo empuje, compromiso, honestidad e interés con que lo hice entonces aunque, por efecto de la globalización y de las comunicaciones (materiales) más fáciles el tema migratorio y los masivos desplazamientos humanos se hace más complejo, los interrogantes son mayores y, aunque no lo quisiera, la confianza en soluciones es más precaria.

Los cambios sociales tan importantes en las últimas décadas nos han de llevar a la curiosidad y a la cautela. Y también a huir de saberes y palabras y gestos ya tan utilizados como son identidad, migración, exilio y salud mental cuyas resonancias y significados actuales no necesariamente tienen las mismas connotaciones que hace años.

Por eso una primera cuestión que quisiera plantear es de qué hablamos cuando hablamos de identidad o de qué identidad hablamos. Porque estoy

convencido de que en estos tiempos de eclosión de la globalización, de las comunicaciones (Castells, 1998) e intercambios, o contactos, tan rápidos e intensos como fugaces, se están produciendo cambios muy importantes en eso que llamamos identidad y que yo prefiero llamar identidades.

La perspectiva psi y sus derivados se hace insuficiente, aunque importante y necesaria, para explicar la complejidad de los fenómenos que se producen en esta modernidad líquida (Bauman, 2005).

El psicoanálisis se hace imprescindible para acercarse a una comprensión de ese complejo y asombroso proceso que es la construcción de la identidad a través de los diversos avatares de la vida. Porque el sujeto está en permanente construcción, es extremadamente permeable y tiene una especial capacidad, por su plasticidad, para incorporar elementos nuevos que facilitan añadidos y restas a su identidad o al conjunto de datos que lo definen.

Es asombroso el alto número de adjetivos que en la literatura del ámbito psicológico y social encontramos para definir o matizar la identidad. En lecturas recientes he podido observar términos como: precaria, escurridiza, dada, construida, flotante, inconclusa, humillada, de cristal, dislocada, compartida, superpuesta, deteriorada (Gooffman, 2009), «asesina», (Maalouf, 1999), sedentaria, radical, etc. Desde hace tiempo me gusta utilizar el adjetivo *nómada*, para definir la identidad en tanto entiendo su construcción como proceso de permanente búsqueda y atravesamiento de territorios de los que uno *escoge* e incorpora, aquello que va necesitando a la vez que desprendiéndose de lo que ya no es útil.

Me gusta el término *nómada*; el *nómada* no es un ser perdido sino un ser que busca y sabe que siempre hay un lugar al que volver porque está allí pero que no es de allí tan solo. Ese adjetivo *nómada* aplicado a la identidad me hace pensar también en la posible existencia de una identidad sedentaria o resistente a las búsquedas y agarrada a esencias que, sabemos, suelen ser volátiles y siempre dañinas.

Me quiero preguntar también de qué migración hablamos cuando hablamos de migraciones. ¿De adultos solos, de adultos en familia, con niños, de qué lugares de origen, hacia qué destinos, con qué proyectos, en qué medio de transporte, en qué condiciones, con qué soportes, en qué red, etc.?

La migración, la búsqueda de nuevos territorios en los que desarrollar la vida y construir el progreso personal y colectivo es una constante a través de la historia, ha sido motor de importantes cambios en las comunidades humanas que han participado en ella y ha sido un motivo que ha inspirado magníficas creaciones en el arte a través del que los sujetos y sus grupos han dejado huella de su paso.

La identidad

«Cuando uno lee, siempre se identifica...» dijo él en una reciente sesión de análisis; trabaja en el mundo de la literatura, pero se refería al miedo que le generaba leer las contraindicaciones que señalaba el prospecto de la medicación que le habían recetado para un dolor intenso de espalda. Me hizo pensar ese «siempre se identifica», cuando uno lee, cuando uno mira, cuando uno siente, cuando uno oye, etc., porque la identidad es una construcción permanente. Que habla de sí pero un sí mismo en el encuentro con el otro. Me hizo pensar también en que el estadio del espejo, interesante aportación de Lacan para entender la construcción de la subjetividad, es un modo de lectura de sí mismo, por vez primera entero, no desmembrado que se produce con la ayuda imprescindible de otro.

La noción de identidad es una de las más queridas en el psicoanálisis aunque el término que aparece en la obra freudiana y también de sus continuadores es el de identificación. Tiene una relevancia particular en la teoría que hace de él la operación en virtud de la cual se constituye el sujeto humano. Dicho concepto es también uno de los más ricos y controvertidos en el terreno de la filosofía, la sociología, la psicología, la política, etc. y sobre el que disponemos de una amplísima y fascinante literatura.

Podríamos decir, así prontamente, que la identidad del sujeto es la que se desprende de su respuesta ante preguntas tan simples como ¿quién eres tú?, ¿de dónde eres?, y otras que le llevan a responder escogiendo entre muchas posibilidades. Un breve recorrido por los libros sagrados, la mítica, la poesía, la música es suficiente para ver la importante carga que tan simples preguntas tiene. A dicha pregunta de Moisés a Jehová, este responde (Génesis) «yo soy el que soy»; o Odiseo que responde «mi nombre es ninguno»; o un León

Felipe (1974) angustiado que pregunta: «¿Qué es un hombre? y el viento no responde»; o Joan Timoneda que dice «Sóc qui sóc, que no sóc jo», o el gran Moustaki que nos cuenta «Je suis toi, je suis moi, je suis qui me ressemble»; o «il mio mistero è chiuso in me, Il nome mio nessun saprà!» de la ópera Turandot.

Cientos, miles de respuestas poéticas, trascendentes, atormentadas y una pregunta para cuya respuesta cualquier sujeto está obligado a escoger algún tipo de datos para acercarse a sí mismo o al otro a la comprensión de qué/quién es él. No podrá hacerle un detallado discurso acerca de cómo ha llegado a ser quien es o cuantas cosas es y habrá de escoger entre muchos datos propios y de su contexto. Siempre quedarán por decir algunas de sus características con lo cual, para el otro él será lo que le cuenta o lo que quiera imaginar a partir de ello y también de lo que no cuenta. La elección que haga en su presentación incluirá datos diversos y ordenados de modo tal que resaltarán para él y para el otro unas determinadas características que acercan a una, de momento, determinada identidad. De otras no tendrá que hablar porque serán visibles o fácilmente deducibles por el otro. Responderá de dónde es o de dónde viene en función de distintas variables, en función del lugar y circunstancias en que se produzca el encuentro.

En tanto podemos hacer muchas elecciones al describirnos podemos decir que no tenemos una identidad unívoca. Ello hace extremadamente difícil responder a la pregunta primera. Es verdad que muchas personas y muchos sistemas, salud, servicios sociales, justicia, etc., pueden asignar identidades unívocas a su usuario o cliente (diabético, enfermo mental, sinteco, infractor, etc.) que reduce la riqueza del sujeto a un predominante rasgo temporal o reduce la identidad al síntoma o también puede hacerlo el propio sujeto renunciando así al gran patrimonio que es sentirse dueño de muchas identidades.

Es en la década de 1950 que empieza a cobrar entidad en la psicología social, en especial a través de los trabajos de Eric Erikson y Alvin Gouldner (Appiah, 2007), el término identidad para referirse a características de las personas como etnia, nacionalidad, género, religión, etc. Y se hace desde el convencimiento de que la identidad de cada persona está claramente imbricada y construida sobre

el sentimiento de pertenencia a un grupo y a sus características sociales.

Pensar la identidad en nuestro tiempo implica o exige reconocer los cambios sociales tan importantes producidos en las últimas décadas entre los que destacan una fragilización de la solidez, las certezas y los valores estables que caracterizaron épocas anteriores todo lo cual afecta a la consciencia de identidad y de pertenencia. Ello hace que la identidad de la persona actual sea cada vez menos susceptible de ser definida mediante una categoría incuestionable, única e irrevocable, bien sea la que remite a su comunidad étnica o cultural, bien a su nación, especialmente cuando se entienden una u otra como única comunidad de referencia que le sirve de autodefinición principal, no cuestionada y vitalicia (Martínez, 2012).

Aunque estemos en la era de la globalización, nos es difícil desprendernos de una concepción tradicional de las culturas a las que seguimos entendiendo como si fueran islas. Ello choca con la situación actual en un mundo globalizado en el que la forma más frecuente de vivir es en la transculturalidad al entender que la cultura no es producto de la actualidad sino resultado de un largo y rico proceso de intercambios. Nuestras ciudades son mezcla en su arquitectura, su urbanismo, sus gentes. Desde esta perspectiva la tarea de construir la identidad es cada vez más la tarea de integrar componentes de distinto origen cultural, por lo que, todos somos «híbridos culturales» de lo cual tenemos grandes muestras en los distintos campos del saber y de las artes.

Carece de interés una categorización simple de la identidad, lo que se podría llamar una identificación de fotocopia, en la que un sujeto sería idéntico a su predecesor y este a su grupo porque ello significaría ignorar que el ser, en tanto social, recibe influencias múltiples, genera pertenencias e identidades variadas y solo en ocasiones, cuando una de ellas se siente amenazada, puede acabar hipertrofiándose, ahogando el resto de identidades y convirtiendo tal hipertrofia en amenaza para los otros.

La identidad se construye en la cultura, para Freud «la suma de las producciones e instituciones que distancian nuestra vida de nuestros antecesores animales y permiten la vida en común».

Berger, Giddens, Beck, Bauman, Sennet, Byun Chul-Han, Foucault, Althusser, Lacan, Grinberg,

Deleuze, Kristeva, etc., etc., se han ocupado de analizar las cuestiones de la identidad desde diferentes perspectivas. El reconocimiento cada vez mayor de la singularidad del individuo y de los grupos humanos; la aparición, a la vez, de nuevas pertenencias o identidades colectivas, de efectos aseguradores o inquietantes, propias de lo que llamamos modernidad nos lleva a un campo interesante de reflexión sobre la identidad para lo cual hemos de revisar y abandonar postulados obsoletos y hacerlo desde una mirada interdisciplinar.

En nuestra época, de tantos intercambios e interinfluencias, hay que entender la identidad individual como una tarea de bricolaje, ensamblaje o amalgama permanente por parte de un sujeto que debe trabajar sobre sí mismo con los elementos más variados, cultural y socialmente heterogéneos, siendo el soporte de todo ello su propia individualidad (Martuccelli, 2007). Aunque siga acudiendo a referentes grupales para construir su identidad es imposible mantener una identidad unificada en torno a un único referente identitario (Bermejo, 2011). El sujeto no puede escaparse de la obligación de inventarse a sí mismo, en una obstinada construcción de identidad, a fin de dotarse de una unidad y coherencia que le permitan mantener ese sentido de «mismidad» en los nuevos contextos de tan altos y diferentes estímulos e intercambios. Muchos de estos son producidos en la cotidianidad (Lefebvre, 1984) sin interés expreso del sujeto y, evidentemente, sin consciencia de ello.

«El concepto de identidad hace referencia a la experiencia de continuidad y mismidad del *self*, como algo que mantiene su permanencia en medio de los procesos de cambio, transformación y crisis tanto personal como colectiva que lo modifican sin dejar por ello de ser quien era siendo a la vez distinto» (Bernardi, 1994). El sentimiento de identidad «tiene como efecto el sentimiento de individuación, la consciencia de mismidad y el sentimiento de pertenencia procedente de las identificaciones» (León y Rebeca Grinberg, 1980).

El novedoso, en su momento, trabajo de Erickson sobre la identidad lo situó en el encuentro del psicoanálisis, de un psicoanálisis abierto a las ciencias sociales y al reconocimiento de que lo social tiene un preponderante papel en la construcción de los dinamismos psíquicos. Abrió el interés por

conocer las formas, los modos en que los procesos intrapsíquicos y los sociales confluyen para dar origen a la identidad en cuya construcción se entrelaza siempre lo intrasubjetivo, lo intersubjetivo y lo transubjetivo. Esta tarea de un psicoanálisis abierto, comprometido con el tiempo actual, alejado de absolutas certezas, dispuesto a revisar sus propios postulados y complementarlos con las aportaciones tan interesantes de campos como la ética, la filosofía, la sociología, etc., es una tarea que lo revitaliza e influye sobre los otros campos del saber. Es necesario un psicoanálisis también nómada.

El sujeto es artífice, aunque siempre tras y en el encuentro con el otro, de su propia construcción, capaz de hacer una síntesis creativa de aquellos elementos que se le presentan y de los que puede construir una identidad que siempre será incuestionablemente única.

La identificación, en su calidad de estructurante de lo psíquico, es un articulador teórico de primera magnitud para el estudio de la internalización del contexto familiar y social desde el momento mismo del nacimiento... Es un concepto clave para pensar la constitución del sujeto en el seno de los vínculos con lo que le rodean. Desde esta perspectiva, puede ser vista como un concepto límite entre lo psíquico y lo social... En este nivel, podríamos definir la identificación como la operación inconsciente gracias a la cual se constituye el sujeto psíquico (Korman, 1993).

Es un proceso ineludible, inevitable, imposible de que no suceda; el *candidato a sujeto* no es pasivo en dicho proceso y el resultante del mismo es un *producto singular, diferente, diferenciado* y extremadamente rico. A ello me gustaría añadir que más que un concepto límite entre lo psíquico y lo social lo que cabe señalar es que, desde muy al principio —y así lo señala Freud— se desdibuja dicho límite de modo que puede decirse que es imposible parcializar biológico, psicológico y social, aunque ello sea frecuente y sirva más para la delimitación del campo de saber y poder de las disciplinas que para ayudar a una comprensión sobre el sujeto.

Es muy interesante destacar lo ineludible de dicho proceso porque con ello afirmamos que no hay ser vivo de la especie que en contacto con lo

humano no devenga sujeto, resultado que se produce en el entramado de vínculos que se inician primero en los contactos con la madre y luego con todos aquellos que la rodean, que se ofrecen al niño y que, comenzando por el padre o figura que simbolice tal lugar, significa un aporte a la constitución de una más o menos variada riqueza (Leal, 2014). Ese entramado o urdimbre de vínculos que rodean al bebé funciona a modo de placenta extrauterina necesaria para preservar la vida y hacer frente a la alta fragilidad, producto de lo *inacabado* con que el cachorro nace. Para Lacan (2009), «el inacabamiento anatómico del sistema piramidal, confirma este punto de vista que formulamos como el dato de una verdadera prematuración específica del nacimiento en el hombre».

Esa fragilidad es constitutiva del ser que se hace y, por ello, hemos de decir que somos seres vulnerables y que es en lo social y en la cotidianidad donde han de producirse elementos que disminuyan, a través de los soportes, tal fragilidad originaria. Por siempre hace falta otro. Me gusta recordar, siguiendo a Spitz (1972), que la inmadurez biológica con la que llega el cachorro humano que se presenta extremadamente vulnerable es, a su vez, lo que permite esa maravilla que es la inmensa posibilidad de aprender sin estar determinado por una madurez precoz. Esa experiencia de fragilidad y necesidad del otro como imprescindible funda al sujeto cuyo entorno atempera, de diversos modos y resultados, la carencia originaria; de la calidad de esas experiencias va a depender, en alguna medida, su capacidad mayor o menor para afrontar las diversas circunstancias vitales, algunas de las cuales, migraciones, exilios y diversas pérdidas, que removerán su mundo.

La identidad es un proyecto que ha de ser construido. Es personal y también colectivo pero el resultante siempre es un sujeto.

En la obra de Freud en la que el sujeto y su construcción ocupan un papel central el término identidad está escasamente presente. Este solo lo utiliza, en la alocución ante los miembros de la Sociedad *B'nai B'rith* (Freud, 1926) en la que explica las razones que le llevaron a conectar con dicha sociedad y mostrar la gratitud por lo recibido de sus miembros. Utiliza el término con una clara connotación psicosocial al señalar las razones y los vínculos que le unen a ellos: «las

cuantiosas potencias sentimentales oscuras, tanto más poderosas cuanto más difícilmente dejábanse expresar en palabras; la clara consciencia de una íntima identidad, la secreta familiaridad de poseer una misma arquitectura anímica». Es decir, rasgos identitarios compartidos y sentimientos de pertenencia que le llevan a sentirse en un vínculo necesario e importante para él en ese momento.

Conviene detenerse en las razones por las que Freud (1926) muestra su interés por la sociedad científica a la que se dirige:

Por un lado, había alcanzado mi primera visión de los abismos de la vida instintiva (pulsional) humana, había contemplado muchas cosas susceptibles de desilusionarme y, al principio, aun de asustarme; por el otro, la exposición de tan desagradables comprobaciones tuvo la consecuencia de que me viera privado de la mayor parte de las relaciones humanas que cultivaba en esa época. Me sentía como un proscrito, repudiado por todo el mundo. En ese aislamiento despertó en mí el anhelo de un círculo de hombres selectos y de elevadas ambiciones que me recibieran amistosamente, a pesar de mi temeridad. Me fue indicada vuestra Sociedad como el lugar donde podría hallar tales hombres. El que vosotros fuerais judíos solo podía serme grato, pues yo mismo era judío y siempre consideré no solo indigno, sino directamente absurdo tratar de negarlo (Freud, 1926)).

Y añade:

Así, pues, llegué a ser uno de los vuestros, así tomé parte en vuestros intereses humanitarios y nacionales, conquisté amigos entre vosotros y convencí a los pocos amigos que aún me quedaban para que ingresaran en nuestra Sociedad. Ni siquiera podía pensar en convertirlos a mi nueva doctrina; pero en una época en que nadie en Europa me escuchaba y cuando ni en Viena tenía un solo discípulo, vosotros me ofrecisteis vuestra benévola atención (Freud, 1926).

Habla de la incomprensión, del rechazo y de un cierto exilio que le lleva a la búsqueda de una nueva pertenencia tranquilizadora. Este es un evidente testimonio de una vivencia migratoria.

Cuando releo este documento siento que ha sido insuficientemente conocido y estudiado el mensaje

que encierra, entre otros, la necesidad de búsqueda de un otro que atempere con su aceptación o al menos su curiosidad el fuerte sentimiento de soledad y rechazo, como el que Freud expresa de la sociedad vienesa de su época ante lo escandaloso de sus hallazgos. Me resisto a no citar la terminación de tan interesante y sentido saludo a sus colegas: «Puedo aseguraros, sin embargo, que habéis significado mucho para mí, que ha sido mucho lo que me habéis dado en los años en que os pertencí. Así, recibid mi más cálido agradecimiento por los días pasados tanto como por el día de hoy» (Freud, 1926).

Retomaré estas magníficas palabras de Freud para señalar algunas cuestiones al hablar de las necesidades de las personas que migran.

Por tanto eso que llamamos identidad está muy vinculado a una consciencia de pertenencia a otros (Freud llega a decir «en el tiempo en que os pertencí») que sirve como aseguramiento y soporte.

De los trabajos de Freud y de sus seguidores se desprende con claridad que la identidad es el resultante de los procesos de identificación, subrayando que son procesos diversos que confluyen en la estructuración de las diversas identidades.

Lo común en la mayoría de los autores en el campo psicoanalítico es la utilización del término «identificación» de cuyas descripciones se obtiene la conclusión de que lo que de ello se deriva es la identidad.

Cito: «[...] la identificación aspira a configurar el yo propio a semejanza del otro, tomado como 'modelo'» (Freud, 1920-1922) o «La identificación es la forma primera y más originaria del lazo afectivo» (Freud, 1920-1922) o «así, pues, la identificación no es una simple imitación, sino una apropiación basada en la misma causa etiológica, expresa una equivalencia y se refiere a una comunidad que permanece en lo inconsciente» (Freud, 1900).

Para Grinberg y Grinberg (1980), «El proceso identificatorio es esencial en la formación del yo, del superyó, del ideal del yo, del carácter y de la identidad; es un factor constante en el continuo interjuego de las relaciones que se establecen entre el sujeto y los objetos».

O en Laplanche y Pontalis (1971): «Podemos definir a la identificación psicoanalítica como un proceso psicológico mediante el cual un sujeto asimila un aspecto, una propiedad, un atributo de

otro y se transformará, total o parcialmente, sobre el modelo de este. La personalidad se constituye y se diferencia mediante una serie de identificaciones».

Para Nassio (2012): «es un proceso de transformación efectuado en el seno mismo del aparato psíquico de un individuo, fuera de nuestro espacio habitual y que no puede ser percibido en forma directa por medio de nuestros sentidos» y agrega que «con Freud es posible definir la identificación como un proceso determinado del dominio del inconsciente».

Lacan (2009) señala: «basta para ello comprender el estadio del espejo *como una identificación* en el sentido pleno que el análisis da a este término: a saber, la transformación producida en el sujeto cuando asume una imagen [...]. Este momento en que termina el estadio del espejo inaugura, por la identificación con la *imago* de [...] la dialéctica que desde entonces liga al *yo [jé]* con situaciones socialmente elaboradas».

El ser humano pertenece a una especie de mamífero de manada, y como tal vive y desarrolla su vida en conjunto (Maimonides, 1998). Cuando no es así surge indefectiblemente el sentimiento de soledad y desamparo (Leal, 2016) ante la falta de otro sin el cual el individuo humano no puede vivir una vez constituida la subjetividad. Por ello que soledad, desamparo, sentimiento de desarraigo o como le queramos llamar no están inscritos en lo biológico sino en lo social.

Como señala Todorov (1995), «tal vez el hombre vive en primer lugar en su propio cuerpo pero solo comienza a existir por la mirada del otro; sin existencia la vida se apaga. Todos nacemos dos veces: en la naturaleza y en la sociedad, a la vida y a la existencia; ambas son frágiles pero los peligros que las amenazan no son los mismos».

El gran enigma y a la vez lo grandioso de las identificaciones es saber que ha sucedido para que cada sujeto haga sus elecciones de manera tal que el resultado sea la gran diversidad de sujetos y, la imposibilidad de que sean iguales; se genera así lo que en este trabajo llamo la celebración de la diferencia que es la que se muestra cuando reconocemos que «mi identidad es inatrapable y múltiple» (Teju Cole, 2016). Lo opuesto al reconocimiento de la singularidad es el intento de encorsetamiento en una determinada identidad homogeneizadora. Esa asignación de identidad

homogeneizante es siempre una pérdida incluso cuando el individuo la busca intentando paliar su debilidad. Para escapar de este dolor muchos de ellos se adhieren a una identidad grupal, a veces de carácter monolítico, un fenómeno en alza que debemos estudiar muy detenidamente.

No se nace sujeto, se deviene sujeto mediante un complejo proceso de identificación y pertenencia a un grupo humano, la familia, que sostiene la vida que tan frágilmente llega al nacer y que conduce al recién nacido, que nace cachorro de la especie, al estatus de sujeto, es decir, psíquico. Comienza ahí la gran aventura, aquello que hace decir a Foucault (1990) que «en la vida y en el trabajo lo más interesante es convertirse en algo que no se era al principio».

La convivencia permanente y definitiva del sujeto con el sujeto, del ser que llega con el que lo recibe, donde se funda lo humano, está sujeta a tensiones y conflictos cuya resolución tiene lugar, no rectilíneamente, a lo largo de la historia.

Por ser, por tanto, el hombre primaria y originariamente social, precisa de la sociedad, no solo en el ostensible desvalimiento de sus primeras etapas, sino también en el no menor desvalimiento que son sus etapas posteriores. Ni el niño se hace hombre sin la preocupación por él de esa sociedad en germen que es la familia, ni el hombre se desenvuelve en plenitud sin la preocupación por él de toda la sociedad (Castilla, 1993).

De aquí se deriva el convencimiento de que es necesario un permanente esfuerzo colectivo por la solidaridad y el soporte compartido porque el desvalimiento originario tiene modos de ser aminorado y que ello depende de los soportes que la sociedad ponga en la redistribución y reparto de los bienes y recursos.

El sujeto es para siempre un sujeto atado. Atado, unido, conectado mediante el vínculo y la intersubjetividad, en cantidad y calidad deferente que conllevan pertenencias de diferente efecto sobre la calidad de su vida. El sujeto (psíquico) es para siempre sujeto social ya que sin esta condición no habría accedido a ser.

El debilitamiento de lo social, la fragilidad de las identificaciones, el rechazo a la nueva pertenencia afecta a los más débiles. La aparición

de neotribalismos y pertenencias e identidades excesivas, excluyentes incrementan la debilidad de los más frágiles y genera una sociedad más fragmentada y desigual, con un aumento de las desigualdades en el uso y disfrute de los bienes cada vez menos equitativo (Leal, 2016).

El resultado de ello es el aumento del sufrimiento, la desesperanza, la huida de sí y la búsqueda de prótesis y desarrollo masivo de tecnologías identitarias e industrias de la autoestima (Byung Chul-Han, 2012, 2014) Un riesgo no fácilmente soslayable en los servicios de ayuda es transformar la evidente frustración individual y colectiva en un aparente trastorno psiquiátrico y la medicación o la terapias de distinto signo como calmantes cuando no anestésicos de un sufrimiento que, acompañado, debería convertirse en un motor de cambios colectivos (Galende, 2008).

Estas situaciones aumentan la indefensión y la capacidad de hacer frente al permanente proceso de subjetivación que es adaptarse a las situaciones nuevas y/o transformarlas.

En tanto la identificación es construcción de sí pero necesariamente con otros podemos hablar de identidades colectivas que implican un determinado agrupamiento de características compartidas (negros, blancos, europeos, católicos ortodoxos, abogados, funcionarios, etc.). Para formar parte de una identidad colectiva hace falta reunir criterios previamente, que un conjunto de sujetos internalice esas etiquetas y que existan patrones de conducta respecto a los portadores de una determinada identidad.

Lo que llamamos identidades colectivas no es más que la organización, de trozos o trazos de identidad individual que se ponen en juego en determinado momento motivado por desencadenantes temporales y coyunturales. Por tanto esa identidad social lo es para un momento y por unas circunstancias y siempre se construye como reconocimiento de ser diferente a otros con los que con cierta frecuencia pueden generarse sentimientos de rechazo. No siempre es así, por suerte, y hay colectivos que pueden moverse en identificaciones que aunque con matices diferenciados a otros no tienen que exacerbarlos y pueden hacer compatibles diversas pertenencias. No obstante, no es tarea fácil y requiere un esfuerzo permanente saber que coexistir implica siempre estar dispuesto a algún

tipo de renuncia. Cuando esa identidad colectiva se encapsula corre serios riesgos de empobrecimiento y rechazo a la incorporación de otros nuevos.

Posiblemente esa sea una de las fallas más importantes que pueden producirse en los procesos migratorios de los que luego trataré como es la dificultad para «invitar» al otro, diferente, recién llegado a compartir elementos que son nuevos y que sean el germen de encuentros creativos y aumento de la pertenencia como sentimiento. Lo contrario, esa falta de oferta y descubrimiento de aspectos comunes conlleva una hipotrofia de lo común y llevan al sujeto más frágil a una hipertrofia identitaria, como ya señalamos, con aquellos con los que ya previamente había algún elemento común compartido, sea la lengua, la religión o cualquier otro rasgo o atributo (Leal, 2016). Pero también es posible crear una nueva identidad colectiva no en base a lo previamente compartido sino al rechazo sufrido por parte de un colectivo más fuerte o monopolizador de los bienes diversos, el trabajo, el dinero, la seguridad, etc. En ese punto los *marginados o los marginales* pueden ser vividos por el grupo identitario fuerte y/o excluyente como una amenaza. De este modo puede entenderse la exagerada relevancia, tildada de ridícula por algunos politólogos internacionales (Ghilés, 2016) que durante este verano ha tenido un hecho tan simple como que la presencia de una mujer francesa (una identidad colectiva), de religión musulmana (otra identidad colectiva) —el orden de los factores aquí sí altera el resultado— que acude a la playa con un bañador de características inadecuadas para muchos pero no muy diferentes a las utilizadas en nuestras playas hasta la década casi de los 70 haya sido vivida como un peligro para toda una gran nación como es Francia. A menos eso es lo que se desprende de las declaraciones del Sr. Manuel Valls, primer ministro francés herido por unos comentarios del periódico *The New York Times* que recoge *La Vanguardia* del 5 de septiembre: «El burkini no es un traje de baño anodino, es una provocación». Y añadió: «La identidad francesa es una adhesión, es querer compartir un mismo destino». Me pregunto cuál tras sobreponerme de la inquietud que nos provoca a quienes hemos vivido bajo la dictadura franquista y oíamos machaconamente decir que «España es una unidad de destino en lo universal» para, a la vez, decir que en tal destino no cabían republicanos, ni

comunistas, ni homosexuales, ni gente de izquierdas, agnósticos, etc., que no compartieran el glorioso y homogeneizador destino al que estábamos llamados o, mejor, al que nos obligaban a ir. No es, felizmente, la situación de Francia, país que ha iluminado a muchos pueblos con su propuesta de igualdad, libertad y fraternidad y que se ve herida por diversos ataques que generan tanto dolor y del que nos sentimos solidarios. Pero se levantan en Europa y América movimientos basados en identificaciones colectivas excluyentes, que amenazan la diversidad y también la rica identidad individual y colectiva diferente. Por ello hay que decir que no hay unidad de destino, hay proyectos individuales que se engarzan de diversos modos en proyectos colectivos, no necesariamente a perpetuidad, también singulares y que se van moldeando en conformidad con los momentos históricos y con el rico juego de pertenencias que somos y generamos cada uno de nosotros.

El aumento de integrismos de distinto signo, sustitutos en alguna medida de las viejas prácticas religiosas que han perdido valor como contenedoras de ansiedades, de la intransigencia y de las pertenencias excluyentes, han de ser leídos, en mi opinión, como elementos de afirmación reactiva frente a fuertes inseguridades y una búsqueda de pertenencias e identidades aseguradoras, para cuya afirmación no existen límites (Leal, 1997).

Por eso hay que pensar también que las identidades colectivas pueden, deben ser y son móviles o, nuevamente, nómadas. Era frecuente, en mi infancia y adolescencia, configurar un equipo de fútbol basándose en el barrio en el que cada posible jugador vivía. Así podían jugar los que vivían de la plaza hacia arriba contra los que vivían de la plaza hacia abajo. Ya en Córdoba podíamos jugar los de la Sierra contra los de la Campiña: aquellos que en la provincia habían nacido del Guadalquivir hacia el norte y los del Guadalquivir hacia el sur lo cual significaba una resituación de la identidad o pertenencia colectiva porque quienes habíamos sido contrincantes en el pueblo éramos colaboradores ahora. Pero cuando jugábamos los que estudiábamos en un colegio contra los de otro reorganizábamos nuestra identidad colectiva y quienes habíamos estado enfrentados por ser de la Sierra o la Campiña ahora éramos, nos identificaban, nos identificábamos como de uno u otro colegio;

y así podemos poner múltiples ejemplos de lo que me gusta llamar identidades nómadas. Me atrevería a llamar a estas frecuentes reconfiguraciones identitarias como identidades operativas, es decir, de datos individuales y colectivos que se organizan para reforzar temporalmente una identidad al objeto de conseguir unos objetivos y que requiere el esfuerzo de una «escisión operativa». Y es que «cualquier grupo humano con una cierta conciencia de su particularidad necesita poner en escena periódica o permanentemente lo que cree que le distingue [...] El reconocimiento del otro como igual es la base de cualquier protocolo de comunicación entre los hombres» (Ramoneda, 2000). Por ello podemos decir que un grupo humano no se diferencia de otro porque tenga unos rasgos culturales particulares sino que adopta unos rasgos culturales porque ha optado, previamente, por diferenciarse; vienen a crear nuevas *etnicidades*, que de no ser excluyentes son fuente de nueva creatividad.

La identidad colectiva funciona al modo de adscripción o sentimiento de pertenencia que se sostiene en el reconocimiento del sujeto, en formas y niveles diversos, de estar junto y separado, de ser igual y diferente al otro. Por ello decimos que somos sujetos poliidentitarios, productos de identificaciones e interacciones múltiples y con un sentimiento o sentimientos de identidad que pasa por distintas crisis a lo largo del proceso vital. «El estado de desamparo en que la nueva relación espacio-tiempo, a la que llamamos globalización, deja a la ciudadanía es un territorio propicio para colocar la identidad colectiva bajo el signo del miedo», ante lo cual nuestra obligación es defender el pluralismo, el mestizaje y la identidad a la que Ricoeur (2005) llama narrativa. La identidad narrativa es fluidez, construcción progresiva del relato, en permanente y abierto cambio, que no se basa solo en el pasado, que invita al futuro y que propone no quedar atrapados en la quimera de lo idéntico, lo homogéneo, lo inmutable, y la esencial que muy frecuente lleva a la defensa férrea frente a un enemigo externo, aunque a este haya que inventárselo. Sabemos, además que las garantías de protección que ofrecen las identidades férreas son falsas y que en su lógica siempre habrá algún enemigo a quien atacar o contra quien defenderse (Bion, 1980).

Esa identidad que se construye, cual promesa, hacia el futuro nunca será repetición de lo idéntico

sino interés por lo nuevo, lo diferente y se construye desde la curiosidad e interés por el otro, lo propio de una sociedad abierta que desde hace tanto tiempo venimos añorando. «La promesa —la apertura al futuro pensada en términos de interés común— sería el valor añadido que la política aportaría a la identidad» (Ramoneda, 2000).

Siempre hace falta otro. No hay yo sin otro; la preexistencia de este es condición para llegar a ser. «Cada cual no es uno mismo más que gracias a los vínculos que lo constituyen» (Boltanski, 2002). Ahí está el germen de la identidad. Hay que decir también que la identidad no es solo el producto de las identificaciones primeras o precoces y por tanto, que la identidad no es pasado aunque tiene pasado. El sedentario mira al nómada en tanto portador de un pasado, de donde viene o es. A veces también de un futuro amenazante, a qué viene, a dónde va.

La identidad es pasado, presente y futuro. La identidad es lo vivido pero también lo deseado y el proyecto de futuro que cada día, en el presente, construimos.

La identidad es la memoria, el registro y la consciencia de todo aquello que uno tiene de historia, de vivencias, como dice Merwin (2009): «No tienes nada que decir//Antes has de aprender a escuchar// Lo que recuerdes se salva//Lo que te es dado recordar fue salvado antes que tú del absurdo de la muerte./ Por la memoria./ Lo que recuerdes llegará a convertirse en ti mismo./ Aprender consistirá en cultivar la consciencia».

Memoria de pasado y memoria de futuro. Que no olvida raíces pero que no se aferra a la tierra en un modo de identidad radical. De nuevo habla el poeta: «Yo soy un árbol en busca de raíces» (Corredor, 2004).

La identidad, el ser, está en permanente construcción.

El hombre es el ser que continuamente se hace y se rehace. El gran invento de los hombres es el hombre. Visión prometeica y también trágica: si somos un perpetuo hacernos, somos un eterno recomienzo. No hay descanso: fin y comienzo son lo mismo. Tampoco hay naturaleza humana: el hombre no es algo dado, sino algo que se hace y se inventa. Desde el principio del principio, lanzado fuera de sí y fuera de la naturaleza, es un ser en vilo; todas sus creaciones —lo que llamamos cultura e historia— no son sino

artificios para seguir suspendido en el aire y no recaer en la inercia animal de antes del principio. La historia es nuestra condición y nuestra libertad; es aquello en que estamos y aquello que hacemos. Pero la historia no consiste, en resumidas cuentas, sino en un vivir en el aire, sin raíces, fuera de la naturaleza. (Paz, 1980)

Somos quien somos pero podríamos ser otro; somos como somos pero podríamos ser de otro modo. Ese ser como somos y esa consciencia de poder ser otro o de otro modo es una herida porque nos obliga a reconocer que no somos dueños absolutos de nosotros mismos y que ese o poder haber sido no ha dependido exclusivamente de nuestra voluntad ni nuestra consciente elección. Ello no es obstáculo para la aceptación y ejercicio de nuestra responsabilidad en libertad aunque no podamos saber cómo hemos devenido lo que somos o como somos. En ese sentido el «tu est cela» que señala Lacan como el fin del acompañamiento del analista o «tens el que tens» del que habla Martí i Pol abren la vía a una aceptación de cada uno que no es resignación ni final ni claudicación sino aceptación creativa imprescindible para seguir en el empeño de una construcción y reconstrucción permanente.

La identidad es más rica no por las certezas sino por la aceptación de la duda.

Quizás el análisis, como búsqueda de sí y de aquello que nos constituye como sujetos no será exitoso porque nos lleve a conocernos (en un conocimiento absoluto imposible) sino porque nos lleve a reconocernos ignorantes de nosotros mismos y, por ende, dispuestos a una aceptación progresiva de lo que creo saber de mí y de lo que me suponen y dirigen los otros cuya mirada me sigue, de algún modo, constituyendo. Eso solo puede hacerlo el ser humano y forma parte de su grandeza.

Emilio Lledó (2001) ha dedicado un muy interesante trabajo a la hermenéutica de aquel mandato inscrito en el friso del santuario de Delfos: «Conócete a ti mismo». Lledó supone que ese es el momento en que en Occidente se configura una nueva forma de aparición de la intimidad. «Conocerse a sí mismo —dice— es reconocerse, encontrar en el complejo buceo de la intimidad elementos que indiquen el sustrato coherente que articula cada personalidad [...]. Y eso es resultado de la memoria.» Y añade: «el conocimiento de la mismidad supone que por los complejos vericuetos

del lenguaje en el que nos hablamos a nosotros mismos podemos atisbar, desde la memoria que nos ilumina, la peculiaridad que constituye cada biografía».

Conocer al otro, con las limitaciones que impone el estar fuera, implica necesariamente un similar reconocimiento de la existencia en él de elementos íntimos que se articulan en su biografía y lo hace un ser irrepetible.

Nuestra identidad, en la más amplia riqueza del término, es inconclusa, está siempre en movimiento y por ello estamos siempre obligados a hacer frecuentes elecciones. Esa elección de identidades o de rasgos identitarios posibles, o digamos adscripciones grupales voluntarias lleva en sí o señala una cierta desigualdad social entre aquellos que componen su identidad *a voluntad* porque pueden elegir y los que no pueden hacerlo o soportan identidades más limitadas o a quienes se les encierra en una identidad, por lo general desvalorizada: emigrantes, los parados de larga duración, los ilegales, indocumentados, los refugiados, los enfermos estigmatizados, colectivos que pasan a formar una nueva *infraclase* portadora de una identidad humillada. El estigma es la lacra con que se sella a aquellos a quienes se rechaza y atribuye una identidad que encorseta: marroquí, rumano, musulmán, enfermo mental, usuario de servicios sociales, etc. Cuando esta identidad la asigna el otro cabe identificar el riesgo de exclusión, marginalidad o rechazo; ocurre cuando se habla de un sinpapeles, topmanta, refugiado, sintecho, etc.

Todos los muchos datos sobre cada uno de nosotros es lo que configura la identidad o identidades que construimos con esfuerzo y muchos materiales como señala otro poeta: «de cuanto fue nos nutrimos./ transformándonos crecemos/ y así somos quienes somos golpe a golpe y muerto a muerto./ No reniego de mi origen, pero digo que seremos/mucho más que lo sabido, los factores de un comienzo.» (Celaya, 1955).

Demasiado frecuentemente se recurre a la identidad de las raíces o de las experiencias primeras que responde a la pregunta «¿de dónde eres?». Hace un tiempo a Najat el Hachmi, ganadora del premio Ramon Llull en el año 2009 con la obra «L'últim patriarca», le preguntaban por su pertenencia al «colectivo marroquí» y respondía: «Es una palabra que no sé a qué hace referencia. Cuando llevas

20 años viviendo en un lugar cansa mucho que todavía se te considere una extranjera. Los paisajes y la gente que quiero son los que he conocido en todo este tiempo y no los de la infancia.» Y añade: «la gente cuando emigra establece sus propias redes sociales. Es eso lo que facilita la identificación, no el nacimiento en un lugar determinado». A pesar de estas precisas declaraciones aún se puede leer en Wikipedia: «escritora de origen marroquí, establecida en Barcelona donde llegó a los 8 años», es decir, hace más de 30. En el fondo de la pregunta que le formulan está una excluyente perspectiva de excluyente pertenencia. También el poeta lo describe: «¿Quién eres tú?/ ¿De qué cumbre llegaste?/ Y tu nombre, ¿cuál es?/ ¿Qué bandera trajiste o arrojaste?/ Mi nombre es Odiseo./ y vengo de un país ilimitado/ que las gentes transportan a la espalda./ Con mis versos./ perdido por aquí y por allá./ Ahora, aquí me tienes:/ seco, aterrorizado./ Ignorando si quedo o si retorno» (Adonis, 1997).



Jose Leal Rubio

Avda. República Argentina, 2, 1º A,
08023 Barcelona
[T] 932377141
[@] joseleal@copc.cat

Referencias bibliográficas

- ADONIS. (1997). *Canciones de Mihyar el de Damasco*. Madrid: Ediciones del Oriente y del Mediterráneo.
- APPIAH, K. A. (2007). *La ética de la identidad*. Buenos Aires: Katz.
- BAUMAN Z. (2005). *Amor Líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- BERMEJO, D. (2011). Identidad, globalidad y pluralidad en la condición posmoderna, en Diego Bermejo (ed.), *La identidad en las sociedades plurales*. Barcelona: Anthropos.
- BERNARDI, R. (1994). Los orígenes de la identidad. *Revista Sepypna* nº 17-18.
- BION, W. R. (1980). *Experiencias en grupo*. Barcelona: Paidós Ibérica, 1980.
- BOLTANSKI, L., CHIAPELLO, E. (2002). *El nuevo espíritu del capitalismo*. Madrid: Akal.
- BOTEY, J. (1986). *Cinquanta-quatre relats d'immigració*. Centre d'Estudis de l'Hospitalet i Diputació de Barcelona.

- BYUNG-CHUL HAN. *La sociedad del cansancio*. Barcelona: Herder, 2012.
- CASTELLS, M. (1998). *La era de la información*, vol. 2. *El Poder de la identidad*. Madrid: Alianza.
- CASTILLA DEL PINO, C. (1993). Sujeto y expresión del sujeto. En *Salud Mental y Servicios Sociales, el espacio comunitario*. Diputació de Barcelona CIFA, 1993.
- CELAYA, G. (1955). *Cantos iberos*. Alicante: Verbo.
- COETZEE (2012). *Esperando a los bárbaros*. Barcelona: Ed. Debolsillo.
- Comisión Europea. *Carta de los derechos fundamentales de la Unión Europea* (2007)
- CORREDOR, J. (2004). *El don de la ignorancia*. Barcelona: Tusquets.
- ENZENSBERGER, H. M. (1981). *La gran migración*. Barcelona: Ed. Anagrama.
- FOUCAULT, M. (1990). *Tecnologías del yo y otros textos afines*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, S.A.
- FREUD, S. (1918). *Los caminos de la terapia psicoanalítica*. Madrid: Biblioteca Nueva, Obras Completas. Tomo VII.
- . (1926). *Address To The Society Of B'nai B'rith.*, SE, v. XX.
- . (1929). *El malestar en la cultura*. Madrid: Biblioteca Nueva. Obras Completas, Tomo VIII.
- . (1941/1926). *La Alocución ante los miembros de la Sociedad B'nai B'rith*. Madrid: Biblioteca Nueva. Obras Completas, Tomo VIII.
- . (1900/1991). *La interpretación de los sueños*. Madrid: Biblioteca Nueva. Obras Completas, Tomo II.
- . (1920-1922). La identificación. En *Psicología de las masas y análisis del yo*. Madrid. Biblioteca Nueva. Obras Completas, Tomo VII.
- GALENDE, E.(2008). *Psicofármacos y Salud Mental. La ilusión de no ser*. Buenos Aires, Lugar Editorial.
- GHILÈS, F. (2016) The Burkini Debate Makes France Look Ridiculous. Barcelona. CIDOB http://www.cidob.org/publicaciones/serie_de_publicacion/opinion/europa/the_burkini_debate_makes_france_look_ridiculous
- GOFFMAN, E. (2009). *Estigma, la identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu.
- GRINBERG, L. y GRINBERG, R. (1982). *Psicoanálisis de la emigración y del exilio*. Madrid: Alianza Editorial.
- . (1980). *Identidad y cambio*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- KAVAFIS, K. (2003). Esperando a los bárbaros, en *Poesía completa*, Madrid: Visor.
- KORMAN, V. (1993). La drogadicción y el «cuelgue» de los abstemios. *Revista Tres al cuarto*. Barcelona
- LACAN, J. (2009). *El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica*. Escritos 1 México: Siglo XXI.
- LAPLANCHE, J. y PONTALIS, J. (1996). *Diccionario de psicoanálisis*. Barcelona: Paidós.
- LEAL CALVO, J. (2001). *Ciutat Vella, ciutat oberta? La migració marroquí a Ciutat Vella*. Treball de recerca. Offset.
- LEAL RUBIO, J. (2016). *Murs, tanques i fronteres*. Conferència a Barcelona. Asoc. Atlàntida. Barcelona: Mayo 2016.
- . (2016). El sujeto a la intemperie, apuntes para una clínica del desamparo. En *Deberes con el Sujeto: Ética y Derechos Humanos en la atención a la Salud Mental*. Conferencia en Congreso AAN, Málaga 2016.
- . (2016). La posició dels professionals davant la vulnerabilitat dels subjectes i dels drets socials. *Revista del Treball Social de Catalunya*. Abril 2016.
- . (2015). La institución del sujeto, el sujeto de la institución. En: E. Gay, J. Carmona, F. del Río. *El sujeto*. Madrid: Aen.
- . (2014). Acompañar el creixement humà: les referències ètiques, en Dolors Cabrera i altres. *Noves Mirades a l'Educació Infantil*. Barcelona, ICE, Universitat de Barcelona.
- . (2012) *Migración y dignidad*. <http://www.diariodeibiza.es/pitiuses-balears/2012/02/25/migracion-busqueda-dignidad/539676.html>
- LEAL, J.; ROIG, A. (2008). L'imperatif du questionnement éthique dans les nouvelles professionalités. En *Prende soin de la professionalité. Rhizome, Bolletín National de Santé Mental et Precariedad*. n° 33, París, décembre, 2008.
- LEAL RUBIO, J. (2006). La relación en los cuidados y el trabajo en red en Salud Mental. En Leal J y Escudero, A. *La continuidad de cuidados y el trabajo en red en salud mental*. Madrid: Aen.
- . (1995). El psicoanálisis y los servicios asistenciales públicos. *Anuario de psicología*. N° 67 Diciembre de 1995, Universidad de Barcelona.
- . (1997). Nuevas demandas, nuevas necesidades en la atención a la salud mental. En: Leal J, coordinador. Equipos e instituciones de Salud (mental); Salud (mental) de equipos e Instituciones. *Asociación Española de Neuropsiquiatría*. Madrid: 1997.
- LEFEBVRE, H. (1984). *La vida cotidiana en el mundo moderno*. Madrid: Alianza editorial.
- LEON FELIPE, (1974). *Antología Rota*, Buenos Aires: Losada.
- LLEDÓ, E. (2001). Conócete a ti mismo (Una interpretación del «Alcibíades I» platónico. En «La filosofía en el fin de siglo: balances y perspectivas». Sociedad Castellano-Leonesa de Filosofía, n° 15, 2001.
- MAALOUF, A. (1999). *Identidades asesinas*. Madrid: Alianza.
- MAIMÓNIDES. (1998). *Guía de perplejos*. Madrid: Editorial Trotta.
- MARTÍ I POL, M. (1997). *Llibre de les solituds*. Barcelona: Edicions 62.
- MARTÍNEZ SAHUQUILLO, I. (2012). El fin de las identidades unívocas. *RES* n° 18 (pp. 9-30). ISSN: 1578-2824.

- MARTUCCELLI, D. (2007). *Gramáticas del individuo*. Buenos Aires: Losada.
- MATA, N. (2015). *Persones i paisatges. Punts de trobada entre migrants i no migrants*. [Editada en format Seebook el febrer de 2015].
- MERWIN, W. S. (2009). Migración. (*Antología poética*). Valencia: Pre.Textos.
- NASIO, J. D. (2012). *Enseñanza de 7 conceptos cruciales del psicoanálisis*. Barcelona: Gedisa.
- OMAR JAYYAM (2007). El dolor de la vida: en *Rubaiyat*. Madrid: Alianza editorial.
- Organización de las Naciones Unidas. *Declaración universal de los derechos humanos* (1947).
- PAZ, O. (1980). *Tres omisiones. José Ortega y Gasset: el cómo y el para qué*. http://elpais.com/diario/1980/10/24/opinion/341190008_850215.html
- RAMONEDA, J. y otros (2000). *La ciutat de la diferencia*. Barcelona. CCCB.
- RICOEUR, P. (2005). *Caminos del Reconocimiento*. Madrid: Trotta.
- SHUTT, F. (1993). Una perspectiva psicoanalítica. En *Salut Mental i Serveis Socials: l'Espai Comunitari*. CIFA-AEN, Barcelona.
- SPITZ, R. (1972). *No y el Sí. Sobre la génesis de la comunicación humana*. Buenos Aires: Ed. Hormé.
- TEJU COLE (2016). *Cada día es del ladrón*. Barcelona: Acantilado.
- TIMONEDA, J. Poema *Sóc qui sóc*, musicado por Raimon.
- TODOROV, T. (1995). *La vida en común. Ensayo de antropología general*. Madrid: Taurus.